

32-5-1894-207 No. 849

# DISCURSO

pronunciado por el Excmo. señor

## D. Francisco Silvela

EN EL BANQUETE

CELEBRADO EN LA REDACCIÓN DE

# El Tiempo

EL DIA 10 DE ENERO DE 1894

*Diaz de Escovar*  
ABOGADO  
MALAGA



CDC  
32  
SIL

MADRID: 1894

Romero, impresor de **El Tiempo**, Tudescos, 34

Teléfono 875

de Escovar  
Tabla

12150

Qts H

3019

# DISCURSO

pronunciado por el

**Exemo. Sr. D. Francisco Silvela**



**CEU**  
*Biblioteca*

---

**B. Díez del Corral**

---

OF THE

DISCOUNT

AND THE

REMARKS

1877-78

BA. 18.343/DC

# DISCURSO

NA. 573444

pronunciado por el Excmo. señor

## D. Francisco Silvela

AD2

EN EL BANQUETE

CDG

CELEBRADO EN LA REDACCIÓN DE

32

# El Tiempo

SIL

EL DÍA 10 DE ENERO DE 1894



CEU  
Biblioteca

B. Díez del Corral

MADRID: 1894

Romero, impresor de **El Tiempo**, Tudescos, 34

Teléfono 875



EXCMO. SEÑOR

## Don Francisco Silvela.

MUY DISTINGUIDO Y RESPETABLE AMIGO: Al dedicarle, por acuerdo unánime de cuantos le oyeron en la noche del 24 de Enero, esta edición de su Discurso, no pensamos realizar acto alguno político que más especialmente nos li- gue con usted y con la prudente y salvadora tendencia que dentro del Partido Conservador representa.

Más fuertes, si no más respetables que los compromisos políticos, son para nosotros, en los momentos en que aún resuena en nuestro oído la voz elocuente y convencida de su poderosa oratoria, los vínculos que forjó la admiración y y remachó el cariño en aquella noche memorable.

Y aunque usted, como fiel y celoso custodio de los principios en que sus palabras se inspiraron, no necesita, para perseverar en ellos, ni de aprobaciones, ni de encomios, recibirá sin duda, como emanada de cordial afecto, la sincera expresión de nuestra simpatía al hombre

político que, por manera tan clara y tan explícita, nos señaló los únicos caminos por donde el Partido Conservador puede ser legítima y consoladora esperanza de los intereses permanentes de la Sociedad, de la Monarquía y de la Patria.

Cumplen con la grata obligación de manifestárselo en esta forma, creyendo que así realizan sus deberes de ciudadanos y sus obligaciones de amigos estos sus atentos seguros servidores Q. B. S. M.,

**Raimundo Fernández Villaverde.**  
**—Faustino Rodríguez San Pedro.—**  
**Antonio Mena y Zorrilla.—El Marqués de Cubas.—José de Cárdenas.—**  
**El Marqués de Perales.—El Marqués de Trives.—Teodoro Llorente.—Francisco Laiglesia.—El Duque de Prim.**  
**—Luis Silvela y de le Viellenze.—El Marqués de Peñaflor.—Diego Vázquez.—El Conde de Vía-Manuel.—El Duque de Sessa.—Francisco Santa Cruz.—Antonio Comyn.—El Conde de Agrela.—Gonzalo Cedrún de la Pedraja.—Santiago de Liniers.—Mannel Allende Salazar.—El Barón del Castillo de Chirel.—Alberto Camps.—Cárlos Castel.—El Conde de Mallasdas.—José Navarro de Palencia.—El Marqués de Benemegís.—Juan Antonio Cavestany.—Félix Alvarez Coppel.—Félix Rubio.—Jorge Loring.—**



**El Marqués de Alquibla.—Gumersin-**  
**do Redondo.—El Conde de Benalúa.—**  
**Eduardo Zamora y Caballero.—José**  
**de Prado y Palacio.—El Marqués de**  
**Peñafiel.—Mateo Silvela.—Francisco**  
**Arcos Segovia.—Eduardo Garrido**  
**Estrada.—Antonio Hernández y Ló-**  
**pez.—El Conde de Mejorada.—Igna-**  
**cio Guasp.—Luis Pérez de Guzmán.—**  
**Antonio Alfau.—Gonzalo González**  
**Hernández.—Diego Suárez.—Vicente**  
**Calabuig.—Roque Labajos.—Luis**  
**Landecho.—José Díez Macuso.—To-**  
**más Bernete.—El Conde de San Ro-**  
**mán.—Julián M. Mendieta.—Ramón**  
**Montero de Espinosa.—Mariano Sa-**  
**lazar.—Luis Morales Bell.—Delfín**  
**Fuentes Espluga.—Manuel Camacho.**  
**—El Conde de Foxá.—Justo Martín**  
**Luna.—El Marqués de Barzanalla-**  
**na.—Francisco Jover.—Eugenio Sil-**  
**vela.—El Conde de Bernar.—Juan**  
**Muguiro.—Luis Silvela y Casado.—**  
**El Conde de la Corzana.—Enrique**  
**Crooke y Larios.—El Marqués de**  
**Portago.—Carlos María Cortezo.—El**  
**Marqués de Monistrol.—Guillermo**  
**Rancés.—Francisco Aparicio.—Gus-**  
**tavo Ruíz.—Emilio Luanco.—El Con-**  
**de de San Simón.—Eduardo Dato.**



Cuando el Sr. Silvela se levantó, resonaron grandes aplausos, que duraron algunos minutos.

Restablecido el silencio, pronunció el eminente hombre público el siguiente discurso:

Señores: Cuando fui invitado á tomar parte en este banquete, no pensaba, en verdad, que haría uso de la palabra para pronunciar, en él, un discurso político. Contaba con que, manteniéndose en esta reunión el carácter familiar que otras han tenido, cambiaríamos en ella las impresiones de confianza y de amistad de meras conversaciones particulares. Pero ha llovido sobre mí en estos últimos tiempos tal cúmulo de referencias, alusiones, insinuaciones en la prensa, sobre actos, conferencias, emisarios y cartas particulares, interpretadas de esta ó de la otra manera, que se ha convertido en una cuestión verdaderamente de formalidad para mí, el hablar con toda claridad, de tal suerte que á ningun-

no á quien pueda interesarle, le quede la menor duda de lo que yo entiendo, de lo que yo opino sobre la situación de la cosa pública, y singularmente sobre la situación del partido conservador; de lo que son mis deseos, de aquello á que yo estoy dispuesto á contribuir para que se realice, ó para que, en último término, quede mi conciencia tranquila y satisfecha de haber cumplido con los deberes que á los hombres públicos, que ocupan cierta posición en la política de su país, se imponen con fuerza é imperio categórico é irresistible, no menos que se imponen los deberes de la familia, de la profesión libremente aceptada, y del orden social en todas sus esferas. (*Grandes aplausos.*)

Después de los días tristísimos, los más amargos quizá de mi vida, que siguieron á la retirada del poder del partido conservador; cuando las Cortes se reunieron, el señor Villaverde dirigió la palabra á nuestros amigos de ambas Cámaras, y expuso cuál era la situación en que nos encontrábamos en la política española, cuáles nuestras relaciones con el partido conservador y con los demás partidos, cuál nuestro pensamiento y nuestro propósito; y lo hizo con fortuna tan rara

en declaraciones de esta índole, que mereció, no sólo el aplauso y la aprobación de los amigos, sino el respeto, la consideración y la aprobación, también, de los adversarios. (*Muy bien.*) Yo, pues, en cuanto hay de fundamental sobre esa materia, no tengo otra cosa que hacer sino referirme á aquellas declaraciones prudentísimas, discretas y elocuentemente expresadas; pero desde entonces acá han ocurrido sucesos verdaderamente importantes, que exigen nuevas afirmaciones.

Abrigaba yo entonces, dos esperanzas. Creía que el partido liberal se iba á desenvolver por un largo espacio de tiempo y en las condiciones de un Gobierno desahogado; creía que el partido conservador, después de sufrir tan fuerte y tan tremenda crisis, se reorganizaría vigorosamente; porque entiendo que si eran graves las diferencias que habían producido aquella catástrofe, las condiciones de nuestra vida política facilitaban de modo poderoso el que se realizara aquella reorganización, y entiendo yo que nada había de verdaderamente inconciliable en aquella di-

ferencia, y que quizás alguna culpa mía, alguna imprudencia ó alguna ligereza de mi palabra (*Varios señores*: No, no) podían haber determinado aquel suceso tan triste para la Patria y para el partido conservador; y me aparté creyendo que podía facilitar en gran manera la reorganización, con mi alejamiento.

Aquellas dos esperanzas han sido cruelmente defraudadas. El partido liberal, por evidentes errores y diferencias de que él es responsable, por liquidación de culpas que quizá no deban pesar sólo sobre él, y por desgracias de fuerza mayor que gastan y quebrantan también á los gobiernos, se encuentra en una situación de decrepitud prematura, que no se puede ocultar al más optimista.

De su mismo seno nacen las señales que nos indican las grietas que cuarteaneledificio; de su mismo seno nacen las dudas, las desconfianzas, y los escepticismos respecto de su propio destino; todos hemos visto pendiente su fortuna y su vida, de la salud de un hombre y del acierto de un médico.

Semejante situación, á nadie se puede ocultar que es verdaderamente grave para la

Patria. Ojalá salve el Gobierno la crisis que diariamente le amenaza, ojalá puedan desvanecerse estos temores que sus mismos amigos difunden por todas partes en los horizontes de la política; porque no estará verdaderamente asegurada la vida de las instituciones y del sistema parlamentario, si no se establece como regla general, por lo menos, la duración legal de los Parlamentos, como acontece en Inglaterra, como acontece en Francia, como acontece en todos los países donde tienen asiento sólido las instituciones políticas. Yo hago votos fervientes para que, sin grave daño del país, se realice eso; pero no puedo cerrar los ojos á la evidencia, ante el riesgo claro y notorio á todos, de que falten fuerzas al partido liberal para realizar semejante obra: riesgo y peligro que no serían en verdad tan graves si hubiera un partido conservador vigoroso y robusto dispuesto á recoger esa herencia, siquiera fuese apresurada y prematuramente.

Por desgracia, no sucede así; mis esperanzas acerca de la reorganización, no han sido menos fallidas en este punto que lo fueron en el otro. Yo contaba con un trabajo vigoroso, resuelto, como aquel que

en circunstancias difíciles y graves también para el partido conservador, se realizó por el impulso del inolvidable Conde de Toreno, nunca bastantemente llorado por todos nosotros. (*Grandes aplausos*). Yo contaba, con que los hombres más afines á los que habíamos tenido la desgracia de ocasionar aquellas diferencias, pondríanse al frente del partido conservador y prepararían, con su actitud y con su trabajo, una verdadera reorganización de esa gran fuerza política y parlamentaria; pero, desgraciadamente, no ha sucedido así. Hay grandes, hay poderosos elementos conservadores esparcidos por toda nuestra Patria; provincias hay en que por la autoridad de un hombre, por el vigor de un grupo, ó por la energía de sus habitantes, se mantienen organizaciones más ó menos robustas y perfectas; pero no sostienen con el centro comunicación íntima de pensamiento, y no han podido venir á formar aquella vida colectiva completa, tal y como necesita ser la vida de los partidos dentro del régimen parlamentario: eso, desgraciadamente, no existe, y ciego será quien no vea esa deficiencia, como la vemos todos nosotros.



Y ¿por qué sucede esto? Y ¿qué es lo que estorba la realidad de esa reorganización? ¿Qué es lo que retarda que esa obra se complete, y se lleve á cabo labor tan indispensable para la vida del sistema parlamentario, para la vida de la Monarquía, para la vida de la Patria? Es, señores, que los partidos no se reorganizan, si una idea moral no preside á su reorganización; es que la vida colectiva no es posible sin un ideal, sin un pensamiento, sin un programa concreto. (*Bravo, bravo.*) Dádselo, y el partido conservador se reorganizará rápidamente; porque los partidos son como los mandatarios de los intereses sociales y de las necesidades que están llamados á realizar dentro de la Patria; y cuando el mandatario no inspira fe á aquellos cuyos negocios ha de regir, nace la desconfianza, nace la duda, se interrumpe la comunicación y la fuerza, y el partido se desacredita, enflaquece y muere, falto de la savia que tiene que recoger constantemente de aquellos intereses sociales que está llamado á representar y realizar. (*Grandes aplausos.*) Porque los meros organismos artificiales que se llaman partidos, son instrumentos que no valen ni significan nada, sino es

por las fuerzas sociales y permanentes que encarnan y representan. (*Muy bien.*)

¿Qué es lo que necesita hacer el partido conservador? Inspirar fe á esos elementos, responder á esas grandes necesidades sociales, ser el verdadero mandatario que merezca su confianza, que tenga su crédito y obtenga segura y constantemente sus recursos; pero sabemos que esos ideales y esas necesidades sociales que los partidos tienen que realizar y servir, no se eligen ni se inventan á capricho; se toman de la realidad tal como la realidad los proporciona y como las circunstancias los imponen. Y ¿cuál es la primera necesidad social á que el partido conservador tiene que responder, y para cuya realización tiene que inspirar plena confianza? Pues yo creo que, desapasionadamente examinado el asunto, á nadie se ocultará que la primera de aquellas, la que el elemento social conservador pide con más urgencia y con más imperio, es una severa, una enérgica campaña de moralización; una implacable, una cruel cauterización de esa llaga que nos debilita y aniquila (*Grandes aplausos*);

inspirando para ello confianza y dando para ello garantías, no con palabras, sino con actos; y realizando y ofreciendo, repito que como garantía para ello, dentro de su propio seno, una severa selección de su personal político y administrativo. (*Grandes y prolongados aplausos.*)

Y esto lo pide el país al partido conservador, con más imperio, con más apremio, con más exigencia que á ningún otro, por lo mismo que el país sabe que el partido conservador tiene un personal y unos medios de muchísimo más alcance que los que tienen otros partidos para realizar esa obra; porque constituido por la parte más activa y más inteligente de las clases aristocráticas, y por la parte más importante también, más acaudalada, más estudiosa y más inteligente de las clases medias, tiene dentro de su seno elementos poderosos para atender á esa necesidad; que él antes que nadie y mejor que nadie debe satisfacer. (*Muy bien.*)

Ya sé que la obra es ingrata, ya sé que es triste, pequeña, á menudo repugnante; pero es que las enfermedades y las podredumbres

de la naturaleza no se pueden combinar y perfumar con los aromas que más nos agraden, como se combinan y se perfuman los helados de un *buffet*; es que las enfermedades y las llagas de la naturaleza y los remedios que la ciencia impone para curarlas, se aceptan como son, se sufren tan amargos como ellos sean, y se cauterizan con todo el disgusto y todo el dolor que las condiciones de su naturaleza imponen.

Esta obra es una exigencia del país, ello es indudable, pero ¿es acaso que esa exigencia obedece á alguna neurosis, que no debe ser atendida por hombres de sesudo espíritu y de prudencia acreditada?...

No; el país tiene razón en lo que pide; ha tocado de cerca los resortes todos de la Administración en todas sus manifestaciones, le ha pedido esfuerzos en momentos difíciles, y el país se ha asombrado, se ha sobrecogido ante el estado de la mayor parte de esos resortes, ante lo corrompido de algunos de sus elementos, ante lo anémico de gran parte de sus organismos; y la reconstitución de esa naturaleza empobrecida no se puede hacer abandonándola al hilo de los sucesos; porque esas reconstituciones no se realizan si no es

por los torrentes de sangre de las revoluciones implacables, ó por las energías de los poderes, que imponen sus ejemplos desde lo alto. (*Aplausos.*)

Es que nos hallamos, además, en una situación, tanto en lo que se refiere á las instituciones parlamentarias como á las instituciones sociales, todavía más comprensivas de todas las demás, de lucha, de crítica, de contradicción, y, por lo tanto, y ¿por qué no decirlo?, de debilidad.

Cuando las instituciones son poderosas é indiscutidas, no importa tanto que se descuiden en los detalles de su existencia, y se abandonen en la laxitud de los procedimientos, como en otros tiempos se abandonaron grandes y poderosas instituciones, como se abandonaron los representantes de la Iglesia, los de la Monarquía absoluta, los de tantos otros poderes vigorosos, cuando vigorosos eran; pero en períodos de discusión, de contradicción y de lucha, cuando tenemos enfrente la crítica y las censuras del socialismo y del anarquismo, es cuando suena para las instituciones parlamentarias, que son, después de todo, la única fórmula posible de la libertad en estos momentos, la

hora de la higiene severa (*aplausos*), la hora de las prudencias supremas, y eso lo comprende el sentido de las clases conservadoras, y por eso exige en sus gobernantes esa severidad, sobre lo que, en otros tiempos, pudo pasar inadvertido.

Afortunadamente para nosotros, podemos discutir esto con libertad, porque los hombres que forman en primera línea en nuestros partidos políticos, tienen una reputación indiscutida. Pero no se trata de eso, ni de comparaciones de moralidad, ni de sentido ético: se trata de una cuestión puramente política; se trata de una política de energía y de severidad, desde lo alto hasta lo bajo; y así como en tiempos de guerra, de conquista, de revolución ó de restauración vigorosa, si el hombre encargado de dirigir esos grandes movimientos históricos, se detuviera, al confiar á algún agente una misión peligrosa, á examinar sus antecedentes más ó menos dudosos; ó, el Emperador que encargara á uno de sus Mariscales la conquista de un reino, le pidiera cuentas estrechas sobre sus contratos de suministros ó

sobre sus concusiones, realizarían un acto ético perfecto, pero realizarían un acto absurdo y antipolítico; de la misma suerte, cuando no hay reinos que conquistar, ni revoluciones que hacer, sino simplemente países que administrar de una manera ordenada y tranquila, esos actos son igualmente éticos, pero se convierten en actos políticos de utilidad práctica reconocida por todos.

Importa también á los intereses conservadores del país y á los intereses sociales á que antes hacía referencia, tener su vista fija en las condiciones y propósitos políticos del partido conservador, para representarlos y para servirlos.

Se ha hablado en la prensa, sin ser seria y terminantemente desautorizados por nadie, de algunas aproximaciones al partido conservador por parte de los elementos democráticos. Si se trata de personas convencidas, que acepten el credo del partido é ingresen en él por actos de su propia voluntad, no puede ni discutirse siquiera el asunto; realizan un acto libérrimo perfectamente respetable. Si se trata de grupos heridos, por ejemplo, en sus convicciones sobre asuntos coloniales, sorprendidos con un programa que no fué jamás

el de su partido, y que para ampararse y defenderse se refugian en otro que les ofrece garantías en aquella cuestión capital, aunque para hacerlo tengan que sacrificar otros pensamientos y otras ideas de orden secundario, realizan, también, un acto altamente digno y respetable, que merecerá la aprobación de todos los que simpatizan con tan altísimo sentimiento; pero si se trata de coincidencias de ideas que representen compromisos respecto de procedimientos para el porvenir, el partido conservador no puede menos de mirarlas con desconfianza y con desvío, porque una de las cosas á que tiene que atender preferentemente, es á que las disposiciones complementarias, que han de desarrollar las leyes democráticas, lealmente aceptadas por todos, se inspiren en un sentido conservador claro y decidido.

Es un verdadero escándalo que subsista un Código penal hecho para una Constitución ya abolida, y que no garantiza ninguno de los principios fundamentales de la Constitución nueva, sobre todo en lo que se refiere á las relaciones de la Iglesia con el Estado,



á la defensa de la Monarquía y al amparo de los prestigios y disciplina de las instituciones armadas.

Es necesario, para la defensa y para la seguridad del orden público, que ese Código penal se complete con una ley de seguridad, análoga á la que existe desde hace largo tiempo en Italia, y en la que tenga gran participación el sistema preventivo, para la defensa de la sociedad contra esa otra sociedad criminal que dentro de ella se organiza, y que es su constante y declarada enemiga (*Muy bien*); es indispensable que se declare en esas leyes de una manera terminante y explícita, la ilegalidad de la propaganda anarquista por el hecho y por la doctrina (*Bravo*); que se modifiquen, en lo que para ese fin sea necesario modificarlas, las leyes de asociación y de reunión; es indispensable que se reorganice vigorosamente el régimen municipal y provincial, convenciéndonos todos de que con el sufragio universal se gobierna, pero con el sufragio universal no se administra; y de que si no queremos vernos condenados á sufrir perpetuamente una Administración municipal y provincial, llevada á cabo por una democracia que carece de

condiciones administrativas, mucho más de lo que carecen de ellas todas las demás democracias europeas, que si no queremos vernos condenados á que desaparezcan y huyan de las Corporaciones provinciales y municipales todos cuantos ofrecen alguna garantía de respetabilidad y de arraigo, es preciso que la ley electoral, en lo que á la Provincia y al Municipio se refiere, sea reformada hondamente, bajo el imperio de esos principios.

Es menester completar esto con las afirmaciones que sobre el sistema de Hacienda hizo ya tan elocuentemente mi digno amigo el Sr. Villaverde, tanto en el discurso á que he aludido antes, como en el pronunciado en las Cortes, inspirándonos principalmente en el respeto sagrado al crédito y al cumplimiento de las estipulaciones; reaccionando en este punto contra un sentido muy general en nuestro país y aun en toda la raza latina, contra esa inclinación verdaderamente popular, hay que reconocerlo, pero funesta, de resolver las cuestiones y los conflictos financieros, no pagando; convenciendo á todo el mundo, de que es ya una condición europea esta de la estricta y religiosa pun-

tualidad en el cumplimiento de los pactos, y que importa más sufrir algún sacrificio en los impuestos, que verse señalado y comprendido en ese grupo de naciones que, cualquiera sea su situación geográfica, son declaradas *extraeuropeas*, sólo por su conducta en las cuestiones financieras y económicas. (*Grandes aplausos.*)

Es preciso que, manteniendo enérgicamente una política vigorosa y seria de nivelación del presupuesto, no aspiremos á realizarla por mera satisfacción de amor propio en el breve espacio de uno ó dos años, sino que se mantenga la debida consideración á los servicios prestados, á la magistratura creada, á la defensa nacional establecida, á los recursos que es preciso acumular de año en año, para mantenerla con eficacia, siguiendo la obra, á la cual no puedo menos de tributar un aplauso, del inolvidable General Azcárraga; hombre modesto, que quizá no llegue á tener entre nosotros estatua (*risas y aplausos*), pero que sin aparatos, sin discursos y sin ruidos, pacificó y dió solución á las cuestiones que parecían más pavorosas y más agrias, y fué preparando la reorganización de nuestro material de gue-

rra y de nuestro ejército, con aquella prudencia y aquella medida con que se preparan las verdaderas reformas, que no lo son si no cuentan con el factor del tiempo, como contaban las de Azcárraga. (*Muy bien, muy bien.*)

Pero esta grande obra, señores, ¿qué medios, qué recursos políticos tiene para realizarse? Esta es la segunda parte de mi discurso, menos agradable quizá de tratar, y en la que, sin embargo, tengo que ser no menos explícito y no menos concreto que en la primera, á riesgo de no satisfacer los deseos y las aspiraciones de muchos.

Esta grande obra no se puede realizar por una disidencia; esta grande obra necesita un gran partido; por eso no hemos querido ser, ni seremos nosotros, nunca, disidentes. Pero al mismo tiempo tenemos que reconocer que no hay en las condiciones actuales de la nación española, sitio y margen para dos partidos conservadores, ni para ninguno que, tomando este ó el otro nombre, venga á representar la misma idea en la esfera de la política.

Con un partido republicano vigoroso y

rebelde, con un partido liberal difícil para la oposición é impaciente para los largos alejamientos del poder (*risas*), la tarea del partido conservador es difícil; y el que, representando una disidencia del mismo, tuviera el loco empeño de realizar un programa de las dimensiones del que he trazado, no podría sufrir mayor expiación que la de que le entregaran el poder para llevarlo á efecto, teniendo en contra todos esos partidos enemigos, y un partido conservador, grande y considerable todavía, enfrente de él y separado de él por hondos abismos. (*Muy bien, muy bien.*)

Más claro, señores; para poner su nombre á las cosas y á las personas, que es como en política se entiende bien la gente, yo profeso y he profesado siempre la opinión de que reorganizar el partido conservador en España, agrupando todos los elementos importantes en intereses y en personas que esa obra necesita, sería ya tarea considerable sin el Sr. Cánovas del Castillo; pero que realizarlo contra el Sr. Cánovas del Castillo y los hombres que le rodean, es una demencia y una temeridad insigne, á las que yo, por mi parte, no me asociaría. (*Aplausos.*)

¿Qué nos queda que hacer? Afirmar nuestras ideas; seguir nuestra propaganda en la prensa, donde tan admirablemente hemos sido secundados por esta inteligente, ilustrada y desinteresada Redacción de EL TIEMPO; en la tribuna, en la cátedra, donde quiera que se ofrezca ocasión de pedir la realización de nuestros ideales, y esperar confiadamente que la convicción se imponga á todos los hombres del partido conservador y á su ilustre jefe.

Este programa lo he aprendido de sus labios (*Aplausos*); este programa lo he desenvuelto yo con su aplauso y con su aprobación en muchos, repetidos y hasta cansados discursos, en el Parlamento y fuera del Parlamento. ¿Por qué no hemos de confiaren que, comprendiendo el estado actual del país, se apodere de aquel, lo recoja con su poderosa iniciativa, con su gran palabra, con sus poderosos elementos, y la unión estará inmediatamente hecha, puesto que á nosotros no nos separa ninguna cuestión ni de jefatura, ni de ambición personal, ni de ideas?

Entonces se renovarían las grandes glorias de los principios de la Restauración por él dirigida; aquellas inolvidables discusiones

en que su gran palabra marcaba la prudencia á los unos y la reflexión á los otros, señalando, en beneficio del país, transacciones para la paz religiosa, para el establecimiento de la alta Cámara en la combinación perfecta con que se había ideado, y marcando la necesidad del restablecimiento de un partido liberal que pudiera dar en el porvenir soluciones parlamentarias, oponiéndose á la intransigencia de la reacción y oponiéndose también á las impacencias de los que todo querían innovarlo.

La cuestión, ahora, es más chica; no tiene aquellas grandezas, es menuda; quizá sienta él algo así como las molestias, las repugnancias y las dificultades del gigante obligado á vivir en un entresuelo (*aplausos y risas*), pero eso es lo que hoy pide y lo que necesita nuestra Patria. Todo lo demás está resuelto; esto es lo que nos queda por resolver, si hemos de lograr la confianza de los intereses sociales á que antes aludí. La tarea es ésa, la que he señalado, la que tiene que cumplir el partido conservador, ó no ha de tener ninguna.

¿Es que el predicar esto, es que decir esto, es que propagar esto en todas partes, no nos permite ser conservadores? ¿Es que la noción que se tiene de la disciplina de los partidos no consiente que haya en ellos siquiera este matiz, esta tendencia, como hay matices y tendencias en todos los grandes partidos europeos, sin que, el tenerlas, afecte á su unidad, á su poder y á su disciplina? Si es así, nosotros no podemos forzar la puerta de ninguna iglesia; tenemos que aceptar la excomuni6n que se nos lance, y no podremos menos de continuar donde estamos, lamentando que eso suceda, confiando en que eso desaparezca 6 se transforme; pero no seremos nosotros los disidentes, no nos crearemos obligados á organizarnos en escuela 6 iglesia independiente, á nombrar jefaturas, á formar comités, á constituir esas pequeñas organizaciones, esas partidas políticas á que nuestro genio nacional es, desgraciadamente, algo inclinado; pero que no son compatibles con las necesidades de las grandes organizaciones modernas, así para la paz, como para la guerra.

Pero es ¿acaso—y voy recorriendo los horizontes que nos puede ofrecer el por-



venir,—es acaso que nuestra medida y nuestra prudencia no se estiman, que la obra de unión no se realiza y que el partido conservador, grande y vigoroso como yo lo deseo y lo comprendo, no se reconstituye? Pues esa grande obra y ese gran programa que os he trazado, quedarán sin realizar, porque nosotros, solos, no tenemos bastantes fuerzas para esa empresa; pero el partido conservador que quiera gobernar y regir en España sin apoderarse vigorosa y enérgicamente de ese programa y de los elementos sociales que á él están adheridos y que en él fían toda su esperanza y toda su fe, el partido conservador que quiera gobernar sin consideración á esos elementos y á esas ideas, no podrá hacerlo en paz; entrará á gobernar sin prestigio; vivirá con vilipendio y sucumbirá sin gloria. (*Grandes aplausos.*)

Vendrán, después de su efímera y pasajera existencia en el poder, gobiernos de fuerza que darán solución á los conflictos del momento; se levantarán tras de ellos negros horizontes y densas nubes, que oculten tal vez días tristes y de luto para la Patria; y

entonces, si nosotros tenemos la conciencia de que no hemos dificultado la unión por ninguna mezquina ambición personal, por ninguna pasión pequeña, que no la hemos dificultado sino por decir la verdad y por pedir al partido conservador que la acepte, y por ofrecer al país el sacrificio de nuestra tranquilidad, de nuestras conveniencias, de nuestras comodidades, de nuestros recursos, de nuestra actividad y de nuestras vidas para realizar esos programas, si tenemos la conciencia de que no hemos dificultado la unión más que por esto, podremos, llorando las desgracias de la Patria, sentir en el interior de nuestro corazón y de nuestra alma un gran consuelo; el mayor consuelo para los días de luto y de tristeza, el de que habremos cumplido nuestro deber como ciudadanos amantes de su Patria y de su Reina.  
*(Nutridísimos y repetidos aplausos.)*





FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU

CEU



15009070

Bibliote

I

*Estan*